

Costa por bienhechores

REDACCION Y ADMINISTRACION: P. TRES REYES, 2.

No se devuelven los originales

La cuestión religiosa en los problemas sociales

Digan lo que quieran todos los que se dedican al estudio y solución de los problemas sociales, en todos ellos influye de una manera evidente la cuestión religiosa, hasta tal punto, que es imposible prescindir de ella.

«La Religión—ha dicho una ilustre pensadora—nos envuelve por todas partes, a la manera de la atmósfera en que vivimos, y así como las máquinas más poderosas y apropiadas no consiguen hacer el vacío completo, la impiedad más atrevida no alcanza nunca a extinguir el sentimiento religioso que de todas las mutilaciones retaña, como brote inmortal del árbol eterno.»

Mas parece que corren tiempos en que muchos conciben peligrosos el mezclar la Religión con los problemas sociales, y es todo lo contrario; se precisa atacar a las ideas en esos baluartes del indiferentismo, porque lo que no se dice claramente y con valentía, hoy se repite medrosamente o con la ronca voz de la ira, y antes que la cobardía de unos o las violencias de los otros panteen el problema en términos violentos es necesario hablar alto, decir las cosas por sus nombres y recordar lo que a veces parece que se olvida: urge, en una palabra, hablar claro.

En todas las cuestiones sociales, hay que partir del conocimiento exacto de las personas que componen la sociedad, y de su naturaleza colectiva, en relación con sus egotismos individuales. Prescindir del individuo o de las colectividades son dos errores fundamentales que conducen a erróneas apreciaciones, ya que el hombre no puede vivir sin sociedad, ni la sociedad puede existir sin hombres, y por tanto hay que tratar del problema religioso al tratar de las grandes cuestiones en que se descompone la actividad humana, que no son otras que la cuestión religio-

sa, la cuestión moral, la cuestión científica y la cuestión económica. Todas ellas no son iguales, pero tampoco son independientes unas de otras, ni mucho menos contrarias, hasta el punto de que de su perfecto acoplamiento depende muchas veces el bienestar colectivo.

La Religión influye en la moral; la moral, en la Religión; la ciencia, en ambas y en la económica, y ésta, en las otras tres.

Siguiendo el desarrollo del tema emprendido, hablaremos hoy de la Religión Católica Apostólica Romana, intérprete fiel de las doctrinas de Jesucristo y única depositaria de la verdad en estas materias.

En tres grupos pueden dividirse los hombres y las sociedades en materia religiosa: creyentes, hipócritas y enemigos.

Todos se ofenderían si no los catalogásemos en el primer grupo; pero, por desgracia, abundan muy poco, y van engrosándose de día en día las filas de los otros dos.

Vamos a señalar los caracteres que, en nuestro concepto, debe revestir un creyente, y sin echar en cara a nadie su proceder procuraremos poner delante de cada rostro el espejo de nuestras observaciones, a fin de que si, irritado, nos lanzan alguna imprecación, poder repetir la famosa frase: «Arrojar la cara importa, que el espejo no hay por qué».

Es creyente el que no toma la Religión como conjunto de fórmulas exteriores y prácticas mecánicas, cuyo sentido muchas veces se ignora; el que no invoca sus presantos cuando le conviene, el que no la deja olvidada fuera del templo para sus ordinarios menesteres, el que la lleva con orgullo a todas partes, a todas horas, en todos los momentos de su vida; el que se identifica de tal manera con ella, que cuando llega la noche y examina su conducta de todo el día, puede decir que ha evitado todo el mal que en su mano estaba, y ha hecho todo el bien que pudo hacer en favor de sus semejantes.

Causa verdadera pena el ver la ignorancia que hay en materia religiosa, ignorancia que se extiende a todas las clases sociales, pero que es más punible en las elevadas que en las humildes; para muchas de las primeras sólo es Religión las aparatosas funciones de iglesia, los donativos estruendosos y los demás actos visibles contradichos siempre con sus hechos.

Por esta conducta de los que están en lo alto, no es extraño se fomente la incredulidad entre los pobres, y cuando a éstos falta la Religión, es cuando aparecen esas grandes convulsiones sociales de los sin Dios, que ponen en grave aprieto a los que al prescindir también de El, no cuentan ni con autoridad para invocar principios en los que no creen, ni con resignación suficiente para sufrir las contrariedades del nuevo estado en que forzosamente van cayendo.

Y el querer prescindir del principio religioso en las instituciones sociales, deja sin solución la mayor parte de las veces los graves problemas que a todas horas se están planteando, porque se da el triste caso de que muchos de los que a sí mi mo se dicen pensadores, no creen, y la mayoría de los que creen, no tienen ni siquiera tiempo para pensar, y resulta que la suprema armonía que debe reinar entre la razón y la fe, para que el todo social resulte armónico, no existe, y los hombres, sin esa luz divina que Dios puso para alumbrar las oscuras sendas de nuestra flaca condición, están tan ciegos, que no ven lo que a todas horas está sucediendo, y no llegan ni siquiera a imaginar que los Mandamientos de la Ley de Dios están íntimamente relacionados con los salarios, las huelgas, las exigencias abusivas o razonables de capitalistas y obreros, y en suma, en el modo de establecer la verdadera libertad en el obrar y el verdadero orden en proceder, que son las normas de los inmutables principios de la moral.

Mediten bien obreros y patronos las sublimes enseñanzas de la Iglesia; mediten seriamente sobre la importancia y trascendencia de los principios religiosos, y teniendo éstos a la vista, no olviden nunca que la mejor medicina para todas las convulsiones sociales es el principio religioso, pero no el aparatoso y desdibujado, que muchas veces es falso, sino el que procede de íntimo convencimiento, el que se practica a todas horas, y como norma de todos los actos, el de la fe sencilla y ciega que posee las fuerzas suficientes para resolver todas las graves dificultades de la vida, y que es capaz según la frase evangélica de trasladar de sitio las montañas.

T. P.

Cinematógrafo moral

Las muchas dificultades que tienen que vencer los organizadores de programas cinematográficos morales, por la necesidad en que se encuentran de tener que acudir a las distintas casas para reunir lo bueno de todas las producciones, ha hecho surgir en un grupo de celosos propagadores de la película moral, la idea de fundar un Centro donde pueda facilitarse programas de las mejores cintas morales que se puedan proyectar en consonancia con el público que haya de asistir a las representaciones.

Los que deseen, pues, programas morales, pueden dirigirse al Gerente de la CINEMATOGRAFICA ESPAÑOLA, San Bernardo, 78. Madrid.

A los padres de familia

Si yo tuviera un niño pequeñuelo y quisiera criarlo para el cielo, con la ayuda de Dios lo lograría pero cuánto desvelo su sana educación me costaría!

Mas si ese niño vándoroso y eterno lo quisiera criar para el infierno, ¡qué poquito trabajo me costaría y qué poco desvelo consumar ese bárbaro delito de huir en el infierno a un angelito nacido para el cielo!

Conozco yo un sistema de educación moral que nunca falla. Él resuelve el problema de hacer de un inocente un gran canal. Lo primero que el niño prohibida era hacerse cristiano ni judío. ¡Qué que se me dio libre albedrío? tables principios de la moral.